

Las Dos Patrias

Por Gonzalo Restrepo Jaramillo

(La Revista se honra en publicar dos de los admirables ensayos que integran la obra "Los Círculos Concéntricos" de que es autor el doctor Restrepo Jaramillo, profesor fundador de este claustro bolivariano y sin duda alguna la más alta cifra intelectual de Antioquia en este momento. Una ancha y densa bibliografía ampara este nombre insigne: desde la poesía que elaboró con maestría en su ardida juventud, hasta esta obra de ahora, cima de su acervo libresco y galardón logrado de su madurez intelectual, hay una teoría de producciones que transcurre por la sociología, la política y la economía. Su obra, ésta última, se acerca al pensamiento existencialista. Pero de su adentrarse en el existir humano no quedan ni la náusea ni la angustia sino la certeza de lo espiritual en el hombre y su destino ultraterreno; y al tratar de romper el velo del ser, del existir mejor, no surge la nada, sencillamente adviene Dios. Invitamos a nuestros lectores a deleitarse con estas admirables páginas).

LA PATRIA CHICA

En la misteriosa unidad de las cosas nacida del vínculo de la creación, ese polvo que forma mi cuerpo y ha de retornar un día al giro de la materia, hasta que suene la trompeta del juicio, no es un polvo cualquiera: es polvo de este valle que me rodea, amasado con las aguas que lo riegan, animado por el aire que sopla entre sus frondas. Mi cuerpo se nutrió con las mismas sabias que absorbidas por ávidas raíces se hicieron después árboles, frutos, flores, y eso mismo ocurrió con mis padres y con mis antepasados, hasta el primero que venido de Asturias sentó sus reales en las risueñas planicies de Aburrá.

Hay comunión verdadera entre el hombre y el medio. El amor a la patria chica no es construcción artificial, sino algo que surge de la entraña de las cosas, de eso que podríamos llamar maternidad directa de la tierra, porque ésta que nos rodea es madre nuestra que du-

rante morosos milenios nos llevó en su seno esperando en el tardo deslizarse del tiempo el instante feliz del alumbramiento.

Si se nos permitiera inventar términos, para expresar debidamente esta compenetración de mi valle y yo, acuñaríamos, como dicen algunos, la palabra pangeísmo; pues así como el panteísmo pretende incluir todos los seres en el piélagos de la divinidad universal, yo trato de incluir toda mi materia en el seno de esta tierra y ser con ella, en unidad mirífica.

¡Cómo ama el hombre su medio! Con amor filial, que no dis-cierne, ni discrimina, ni analiza. Ama el isleño del Pacífico sus diminutos paraísos, donde el mar, el aire, las playas y las palmeras se combinan para crear síntesis de hermosura y donde la pródiga naturaleza casi dispensa el hombre del trabajo; ama el árabe las adustas arenas, dibujadas contra el horizonte como recortadas con tijeras; el montañés su cerrazón bravía de cumbres y precipicios; el cosaco el mar sin término de la estepa y el esquimal la desolación eterna de los hielos. Nacido en el infierno verde de las florestas amazónicas, el huitoto miraría con nostalgia de cautivo desterrado los parques de Versalles. Somos hijos del polvo cósmico que en nosotros se hizo carne. La madre nos reclama con dulce sortilegio.

¡Valle de Aburrá, Montañas antioqueñas! En ocasiones creo que me hablan y les hablo, en comunicación misteriosa y real! En tiempos pasados recorrí muchas veces el idílico llano, me adentré por las cañadas de las sierras, escalé sus picachos, y escuché en las hondonadas y los riscos el largo aullido de mis lebreles cazadores. En las mañanas campesinas la montaña tiene olor inconfundible, aroma exquisito formado por exhalaciones de flores, de troncos, de helechos, de humus mojado por el rocío, de capas de poleo extendidas como tapices junto al nacimiento de las aguas. Es un olor propio: distinto el del Alto de las Palmas al de las llanuras de Cuibá. La tierra tiene personalidad, y tienen vida los arroyos y los ríos fisonomía propia. Uno es el Magdalena, tranquilo y silencioso, recostado con su poder a la barranca que devora sin ruido; otro el Cauca, aprisionado entre rocas desde la Pintada hasta el Otún, o en los hervideros tumultuosos que desde el puente de Antioquia hasta Cáceres lo convierten en torrentera engañadora. El Rionegro de los valles de Oriente es el galán joven de las aguas quietas y el Porce, rico de oro y de fiebres, el púgil indómito que no se cansa de golpear peñascos. Al pie de San Rafael, el Guatapé se ufana con playas de tan límpidas arenas que parecen de mar, en tanto que los ríos de Cocorná montan fábricas de espuma. Tienen las montañas cumbres cortadas a machetazos como los farallones del Citará, y conos solitarios como Cerrotusa, resto de las paredes de un cráter gigantesco que recuerda la alborotada infancia de la tierra. Para encerrar el río en un cofre de ensueño, las catedrales del Nare, como llamaron los antiguos a las marmoleras que hoy explota la industria, lo aprisionan en moles deslumbrantes. Allá donde se juntan el Magdalena, el Cauca y el San Jorge, el dédalo inmenso de innumerables caños y lagunas, visto desde los aviones, presenta el espectáculo del mundo en formación, semisólido y semilíquido, donde el agua cumple todos sus caprichos y la selva se entretiene en ceñirla con frágiles

collares de verdura. La isla de ayer es hoy playón y el playón se convierte mañana en laguna. Fuerzas incontrastables, que no se afanan porque cuentan con la seguridad de los milenios, moldean pulgada a pulgada la fisonomía del valle definitivo que verán los remotísimos descendientes de estos hombres de ahora.

Con ese mundo, con esa patria nos une el misterioso parentesco del limo común, de la tierra que fuimos y de la tierra que seremos.

Cuán distinto el valle de Medellín que conocí en mi infancia de éste que treme hoy con sus estertores de industria. En él su río de aguas limpias, recorrido por balsas que desde Caldas traían maderas y cañabrava para las necesidades de la pequeña villa. Cómo era de grato, cuando pasaban los balseros por el pozo donde nos bañábamos, subirse a sus almadías, insultados por ellos unas veces, tolerados otras. Los arroyos no eran los albañales de ahora, ni los cauces secos que reemplazan los antiguos torrentes, sino caudales de aguas vivas, con capitanes y sabaletas. Año tras año, en los meses de otoño, invadían la ciudad millares de cautiverios y pechirrojos, venidos de Norte América, y numerosos patos remontaban el valle, desafiando las escopetas de Don Felipe Gómez y los doctores López. Trapiches de panela aromaban el aire con el perfume de sus guarapos y sus mieles y el viento jugaba con los cañamelares en las plácidas vegas que hoy llenó la industria de techos y motores. En cada pueblo —ya son ciudades— había un herrero como el que cantó Longfellow que deleitaba a los chielos cuando su martillo milagroso producía cascadas de chispas y modelaba el hierro, con el amor que no tiene la máquina pero que llena el esfuerzo del artesano honrado.

Por los carreteros, que hoy se hacen autopistas, circulaban, con el cántaro en la cabeza las lecheras airoas, cimbreadas en su marcha, destacadas contra la clara atmósfera matinal como figuras de frisos griegos, y desfilaban lentas recuas, sin afán y sin ruido, ignorantes del virus horrible del kilómetro. Para sus conductores, el tiempo era la mensura tranquila de la marcha del sol, no el acicate furibundo que en estos años de locura nos empuja a la muerte. Eran los días felices en que una jornada de diez leguas, “subiendo subidas y bajando bajadas” llenaba las aspiraciones del más exigente viajero, dueño de mula de primera clase.

En la ciudad —así llamábamos al poblacho— vivían treinta o cuarenta familias conocidas desde la colonia, más o menos ligadas entre sí por vínculos de parentesco. Había noble clase artesanal, comandada por el prestigio del Maestro Salvador, el Maestro Ramón, y el Maestro Marcelino, alumnos que fueron de la Escuela de Artes y Oficios del Doctor Berrío, y recordaban por su honradez, su seriedad y su competencia aquellos viejos alarifes que gastaron sus vidas alzando catedrales góticas. Tres colegios de bachillerato atendían las necesidades de la Universidad y toda novia posible para nosotros, los de las cuarenta familias, había de estudiar en La Presentación o La Enseñanza. El círculo era estrecho pero claro. La sociedad acogía a sus hijos como si los conociera por sus nombres y apellidos.

!Ah, y los campos!

Era la época en que se juntaban en los alrededores de Medellín la Antioquia campesina y la incipiente Antioquia ciudadana. La vida rural dominaba el paisaje hasta las goteras del pueblo. En la actual estación del Ferrocarril, había cañaduzales, y frente a los Balkanes, cuido de caballos. No era raro encontrar en las laderas pequeñas tenerías donde algún campesino emprendedor curtía para suelas unos pocos cueros de novillo, y pesebreras de seis mulas, orgullo de arrieros que todavía viajaban a Pavas o Caracolí.

Hoy todo ha cambiado. La ciudad vibrante, se unió física y económicamente a los vecinos municipios, sintió el acicate del moderno adelanto y se lanzó a marchas forzadas por los caminos del progreso. El valle donde ponían matices de rosa las flores de los carboneros o se encendía de púrpura con las campanitas de los búcaros, se cuajó de fábricas, conoció el humo negro de las chimeneas, la pesadilla de los motores incansables, las filas de los turnos obreros, desde la alborada hasta la noche. Residencias campestres invadieron las colinas y en vez de los naranjos espontáneos y casi silvestres que crecían en las cañas y repechos, surgieron filas de árboles disciplinados, sembrados a corda y escuadra y bautizados a veces con nombres exóticos. Pero la patria chica siguió siendo ella misma, arrebatando los corazones con amor mezclado de orgullo y cantando en las almas la cántiga misteriosa que viene del fondo profundo de los siglos, donde se hunden las raíces de los ancestros en el limo misterioso de las evoluciones geológicas. Sociólogos y economistas estudiaron a Antioquia, explicaron o trataron de explicar sus características, buscaron causas y razones para cada trazo racial y cada modalidad idiomática. Pero en el fondo, Antioquia siguió siendo la de Gutiérrez González, Epifanio y Carrasquilla, la que no tiene más explicación que sí misma y aparece con mayor claridad en los garabatos y telarañas de las cocinas montañeras, en los convites vecinales y en el Alcalde, el Cura y el gamonal que en todas las sutiles probanzas que alambica la ciencia.

De esa simbiosis con el medio geográfico y social, nacieron en mí las primeras formas de patriotismo, representado por amor intenso y sin discriminaciones al terruño. El hombre empieza por ser hogareño y parroquial y sólo dilata los horizontes de su afecto cuando extiende también los de su cultura. Quizás aquello de que "nadie es profeta en su tierra" se deba precisamente a que el amor exagerado a la patria chica exige para ella patrones de perfección muy difícilmente realizables.

El folclor, las exageraciones propias de la raza y las crónicas regionales contribuyeron sin duda a exaltar ese amor al terruño, pero dándole al principio cierto carácter exclusivista y estrecho. Antioquia tiene fuerte personalidad, manifestada en coplas, leyendas y chistes de exuberancia andaluza. El paisa, ridiculizado en otros departamentos, era para las mentes infantiles especie de caballero andante de la patria, el primero en el trabajo, el primero en el amor, el primero en las peleas y el primero en la admiración de sus coterráneos. En consecuencia, ser antioqueño era como pertenecer a una orden militar. La tendencia universal de cada agrupación humana a considerarse como pueblo escogido, halló estímulos sobrados en ese regionalismo orgulloso, que si en la Colonia se manifestó como puntillo de abolengo en las familias

linajudas, en la República derivaba a supremacías comerciales, a impulso colonizador con los emigrantes que dominaron las cordilleras y a calidad de buen gobierno con el Doctor Pedro Justo Berrío.

Pero en todo caso, lugareño, estrecho, circunscrito, el amor a la tierra natal, a la patria chica tenía su virtud fundamental de que habrían de surgir más tarde otras más nobles: sobrepasando el círculo de la familia, me sumergía en sentimientos de solidaridad con núcleos humanos cuya razón de ser amados no dependía ya de la acción directa de la sangre.

LA PATRIA GRANDE

La guerra civil de los mil días, me puso en contacto con la idea de patria y me inculcó su sentimiento. Ella rebasó el límite parroquial de la patria chica y me abrió los horizontes de Colombia, cuando vi partir los familiares, camino de otros departamentos, a defender o atacar ideas que congregaban en el mismo palenque a guerreros de toda la República. Comprendí la existencia de otros valores, de otros vínculos, de otros sentimientos. El círculo se ensanchaba.

Como casi al mismo tiempo, empezaron en la escuela a hablarme de Colombia y a narrarme sus gestas, desde los días del descubrimiento hasta las derrotas que entonces vivíamos, la noble madre generosa empezó a dominar mi corazón con el múltiple prestigio de sus dolores y de sus alegrías, sus glorias y sus derrotas, sus héroes deslumbrantes comandados por Bolívar, y sus enemigos implacables, encarnados en ese general Morillo que fusilaba sabios como Caldas y estadistas como Camilo Torres.

Pasarían varios años antes de comprender que el sitio de Cartagena, las derrotas de La Puerta, las victorias de Boyacá y Carabobo eran episodios de guerra civil, de contienda entre hermanos en que el león de España comprometió sólo unas pocas crines de sus melenas legendarias. En mi infancia nos enseñaban la historia con más entusiasmo que criterio, con mayores dosis de ingenuidad que de ponderación crítica. Fue en la adolescencia, cuando embriagado por las clarinadas de "Venezuela Heróica" el vibrante libro de Blanco, empecé a preguntarme por qué esos odiados españoles eran precisamente los soldados venezolanos de Boves y por qué esos mismos centauros feroces figuraban de 1816 en adelante, y cada vez en mayor número, en los lanceros de Páez y cómo era posible que presidentes de Colombia como el Húsar de Ayacucho y el Edipo Americano hubieran lucido galones ibéricos antes que charreteras patriotas.

Cuando supe la respuesta, ya había adquirido ideas que trascendían la patria: la solidaridad de la especie, el valor del cristianismo como nivelador de razas, la realidad de conceptos universales como humanidad, a pesar de la antigua pelea entre nominalistas y realistas. Para entonces ya no era yo el lugareño limitado, ni el patriota cerril sino el hijo de Adán ligado a sus hermanos a través del tiempo por los vínculos del destino y el origen comunes. La patria había adquirido para mí significación especial y nobilísima: era la porción del mundo donde me tocaba trabajar, luchar, sufrir. Una parcela en la heredad común,

confiada por Dios a mis esfuerzos y a los de millones de compatriotas. Ellos y yo teníamos la obligación de llegar a las generaciones que nos sucedieran algo mejor que lo que habíamos recibido. En ese trabajo permanente e inacabable de mejoramiento se encerraba la verdadera esencia del patriotismo. La patria se hacía misión.

Qué bello y hondo el concepto de misión. Es el mensaje que enviamos al futuro, sacándolo de las labores del presente. Misionero era yo y misioneros habían sido mis antepasados. Mi padre, Nicanor, cumplidor estricto de sus deberes cívicos, desprovisto de ambición política pero con sentido tan concreto de sus obligaciones misioneras que cuando fue preciso las cumplió en concejos, asambleas y cámaras con singular acierto. Misionero Carlosé el tío ilustre, elevado a la presidencia de Colombia por sus prendas de carácter, que lo exaltaron en momento excepcional sobre sus competidores, no obstante ser éstos políticos profesionales, de larga trayectoria y fuerte respaldo popular; misionero el abuelo paterno, el Doctor Pedro Antonio, objeto especial del odio del Dictador Melo, como lo atestigua Don José Manuel Restrepo; misionero el pintoresco bisabuelo, aquel Don Felipe de Restrepo (con él terminó el uso del *de*) que imposibilitado para atacar militarmente a los realistas después de la subyugación de Antioquia, se dedicó a hacerles contrabando, con el único objeto de causarles daño, como lo declara en su diario. Tan misionero, que libre ya la patria y viudo en pleno vigor de sus lozanos días, se hizo sacerdote y durante muchos años consagró su bondad, su talento y su elocuencia que eran grandes a servir al pueblo de Itagüí con celo de pastor genuino, hasta dormir para siempre en medio de sus agradecidos feligreses.

Con esos antecedentes, no es raro que sintiera desde niño el llamamiento personal de la patria. La amé con amor impregnado de tragedia, de angustia, de coléricos desengaños, porque casi la primera participación que tuve en su vida actual (actual durante mi existencia) fue la noticia de la separación de Panamá. Tenía ocho años cuando Pedro Nel Ospina Vásquez me contó en el patio de la Tercera División del Colegio de San Ignacio que los panameños se separaban, que un militar colombiano nos traicionaba y que los yanquis nos impedían luchar. Ocurrió eso en noviembre de 1903.

Hasta entonces la patria había sido victoria, heroísmo con éxito, dianas alegres de alboradas triunfales. Boyacá, los Carabobos, Ayacucho, Tarquí, Cuaspud, Tulcán. En ese noviembre lúgubre era vencimiento, impotencia, frustración. Detrás de mi patriotismo nadaban, como en pos de la nave de Cleopatra cantada por Heredia, los hermanos gemelos: el amor y la muerte. Cuando llegaron a mi colegio los airados versos con que Belisario Peña substituyó en su recia senectud la lira religiosa por la trompeta militante los aprendí de memoria: "Madre Colombia, en potro de tormento contigo puesto estoy. Vuélvete y mira cuál vibra en mi la indignación, cuál siento el amor que te adora hervir de ira". El canto no alcanza la altura de las estrofas cinceladas por Caro, pero era mi propio grito. Yo también sentía "el amor que te adora hervir de ira".

Ira que me acompaña desde entonces, aún cuando cambie sus objetos. La meditación, el estudio, el análisis de las corrientes históri-

cas, de las divisiones coloniales, de las dificultades geográficas, de nuestros propios errores, acabaron por borrar el odio a los panameños y por hacérmelos considerar como hermanos, dentro de esa unidad en proceso de lenta formación que es la América Hispana. Pero seguí odiando todo lo que fuera en detrimento de Colombia: nuestras pugnas civiles, nuestro aislamiento regional, nuestros provincialismos en eterna actitud de hostilidades mutuas, el imperialismo de las grandes potencias, el atraso y el descuido. Cuando la ola de locura culminó en ese fangal de sangre que se llama la violencia, la ira alcanzó en mí la altura de las grandes pasiones que al culminar se hacen silencio. Un silencio que deriva precisamente de la falta de palabras suficientemente expresivas para condenar la atrocidad.

Mas conjuntamente con la ira he cultivado el amor. He trabajado activamente en la política colombiana, que es, como en todas partes, esencialmente política de partidos, complicada entre nosotros por ciertos factores peculiares que tienden a envenenarla, pero al acercarme al final de la jornada tengo el consuelo de que jamás olvidé que el adversario también es colombiano. Por eso he militado siempre en la zona media del partido a que pertenezco. Como en ciertos momentos el justo medio es precisamente el punto donde convergen los odios políticos, he sido tachado muchas veces de tibio y complaciente, hasta merecer el remoquete de **patiamarillo** con que los fanáticos bautizaron a quienes creemos todavía que el amor al prójimo y los preceptos de caridad y justicia obligan en las esferas todas de la actividad humana, inclusive en la política. Por lo demás ese color al esfumino me viene de familia. De casta le viene al galgo ser corredor. Mi tío Carlos E. Restrepo, antiguo militante conservador en el sentido literal de la palabra (obtuvo en la guerra civil el grado de general) abandonó sus toldas para fundar el partido republicano, entidad de vida efímera, que mucho más que programa (doctrinariamente no lo tuvo) fue protesta organizada contra los odios de partido, los fanatismos y el criterio banderizo.

Vale la pena observar que si como agrupación política el republicanismo murió en su primera juventud, o mejor dicho en su infancia, como influencia supervivió y sobrevive, pues sigue inspirando vertientes cada vez más grandes del pensamiento nacional, que se imponen en las grandes crisis y bajo el nombre de Frente Nacional renuevan en estos días las prédicas que formulaba mi tío en su "Orientación Republicana".

Dadas mis condiciones personales, mis aptitudes y mi idiosincracia, el amor a la patria no podía permanecer en mí como pasión platónica sino que había de lanzarme al servicio activo de la República, o sea a la actividad política. Cada hombre se conoce a sí mismo en cuanto comprende para qué sirve y para qué es inepto. Las aficiones, que muchas veces son verdadera vocación, obedecen a ese conocimiento, que puede fallar en los detalles pero no en el conjunto. Cervantes se sabía literato, aunque equivocadamente se creyera gran dramaturgo y gran poeta. En la esfera modestísima de mis condiciones personales, yo sabía también que era dueño de ciertas habilidades de pensamiento, palabra y pluma que me permitían intervenir con decoro en el palen-

que político. Como no se trata aquí de una biografía del autor, que a nadie interesa, sino de una posición ante la vida, basta afirmar que esa patria grande exaltada en el hogar y amada con hondo afecto, era el campo magnífico que daba oportunidad al esfuerzo, lo justificaba y lo dignificaba. Y, también, que ejercida con honrado propósito de servicio, la política es misión, sacrificio, finalidad nobilísima. ¿Cómo sufrir la náusea de Sartre si aparte de consideraciones metafísicas la vida podía emplearse y se empleaba en grandiosa faena de mejoramiento general, cuyos resultados trascendían los límites de cada hombre y daban valor, existencia real, importancia máxima a ese conglomerado colectivo que se llama la sociedad nacional? El paso por la tierra no es inútil. Muchas generaciones de hombres atravesarán los puentes que ayudamos a construir, recorrerán las vías que impulsamos, aprenderán en las escuelas y universidades que servimos y rezarán en los templos a cuya erección contribuimos.

Dentro de las armonías universales, la patria cumplía otra misión: ensanchaba su propio círculo hasta hacerme comprender el valor de la palabra humanidad. El círculo crecía, como ocurre con casi todos los fenómenos, en forma evolutiva, impulsado no sólo por la meditación personal sino también por acontecimientos externos.

